



## LA PERSONALIDAD HUMANA DE FRIEDRICH GULDA

**T**ERMINABAMOS nuestra crónica musical relativa al primer concierto de FRIEDRICH GULDA en el Municipal esperando, confiados, que su segunda audición revistiera el carácter de acontecimiento artístico, como así lo fué. Porque de acontecimiento extraordinario podemos conceptuarlo, ya que sirvió para ratificar la primera impresión de que nos encontrábamos ante un pianista excepcional, considerado bajo el aspecto de su juventud humana y de su calidad artística, precozmente prodigiosa.

Deciros cómo interpretó a Bach, en el "Concierto Italiano" y luego a Beethoven en la "Sonata, N° 3 en La Bemol", sería incurrir en la reiteración de los adjetivos más elogiosos, que los prodigamos en la ocasión anterior con prodigalidad justificadísima. Maravilloso en su mecanismo y forma expresiva, pero, sobre todo en la concepción clara y precisa de cada Obra y de cada Autor.

Gulda, no es el vulgar artista que solamente se preocupa de su "metier", salvando las dificultades técnicas de cada composición, sino que ahonda en la profundidad de los temas y estudia al compositor en su momento emocional, asimilando las esencias mismas de las partituras, para luego desgranarlas sobre el teclado, con una sensación de verdaderos "impromptus".

Del gran Lizst se dijo que, interpretando a Chopin, superaba al mismo Federico porque, aparte sus maravillosas facultades pianísticas —insuperables en la época— conocía al melancólico polaco, con tanta profundidad como para adentrarse en sus sentimientos más recónditos. Tam-

ber ganado el Concurso Internacional de Ginebra, cuando apenas contaba dieciseis años, Gulda ha recorrido casi toda la Europa occidental y luego América, con Brasil, Uruguay, Argentina, Chile y Perú en su itinerario, aparte las audiciones en el "Carnegie Hall" de New York.

Le interrogo sobre sus preferencias musicales y no duda en la respuesta: Mozart y Bach, en ese orden, los considera como los más fundamentales. Le señalo que sus preferencias por Mozart, pueden ser debidas a evidentes afinidades y coincidencias de precocidad infantil... y Gulda, sin comentar mi sutileza, sonríe, con expresión ingenua de pequeña vanidad halagada.

Le hago ver que Beethoven y Chopin, figuran frecuentemente en sus programas y reacciona: "Naturalmente; yo admiro toda la maravillosa obra de ambos compositores a los que creo interpretarlos "bastante bien". "Muy bien, sería más justo", le replico... y nuevamente su sonrisa, sin palabras, expresa el agradecimiento a mis elogios.

Entre los autores modernos: Bela Bartok. "Este compositor —me dice— es un europeo muy triste y melancólico. Pero no es la suya una melancolía agradable; es, más bien, trágica. El llevó una vida muy penosa, emigrado, sin recursos y tuvo que luchar muchas veces contra la adversidad, en condiciones verdaderamente difíciles. Por eso su música solamente es comprensible por aquellas personas que, además de dotadas de una gran sensibilidad musical, tengan una dura experiencia del sufrimiento humano".

"A usted, por el contrario, todo le ha sonreído en la vida" —inquiero.— "Se equivoca usted; yo también he sufrido. Figúrese, toda la guerra pasada, durante la cual más tiempo vivimos, toda mi familia, metidos en los refugios que al aire libre. Luego, el dolor de saber a nuestro padre prisionero de los rusos; por segunda vez en su vida, pues también lo estubo en la primera guerra. Lue-

go sí; no me puedo quejar de mi suerte. Tengo una carrera que me gusta mucho y me ha permitido el normalizar la vida de mi familia y encauzar la mía, por sendas agradables".

Se extiende después en consideraciones sobre el momento musical y cree que "ha pasado ya la gran época de la música". Pero, a pesar de su escepticismo, tiene confianza en la juventud europea, que ha vivido mucho en poco tiempo y siente una gran inquietud, cultural y artística. "Pero, naturalmente, su música será, como la de Bartok, no muy comprensible para las actuales generaciones y estará impregnada de un sabor melancólico, poco grato".

Derivando las cosas, al hablarle de las nuevas teorías existencialistas, que han prendido entre la juventud europea, tiene una reacción, pronta y viril: "Son unos pocos; y me parecen síntomas de decadencia moral y hasta física. Solamente el hambre, el "snobismo" y la aberración, pueden haberlas inspirado".

Mi indiscreción periodística aborda el tema del "etero femenino". "Usted es soltero, amigo Gulda, ¿no es cierto?... pero tendrá forjado su ideal femenino". "Naturalmente" me responde; "tengo mi ideal... y espero encontrarlo". Insisto: ¿"No lo ha encontrado ya"?... Mis palabras no tienen contestación; Gulda se defiende y atrinchera en su enigmática sonrisa. Pero, al de pocos minutos, sale del Hotel una linda "catira"; una joven, distinguida y esbelta, aunque "muy mujer". ¿"Es ése su ideal femenino"? "No, demasiado ampulosa". Y, con toda ingenuidad:

"A usted, por el contrario, todo le ha sonreído en la vida" —inquiero.— "Se equivoca usted; yo también he sufrido. Figúrese, toda la guerra pasada, durante la cual más tiempo vivimos, toda mi familia, metidos en los refugios que al aire libre. Luego, el dolor de saber a nuestro padre prisionero de los rusos; por segunda vez en su vida, pues también lo estuvo en la primera guerra. Lue-

# LA PERSONALIDAD HUMANA DE FRIEDRICH GULDA

**T**ERMINABAMOS nuestra crónica musical relativa al primer concierto de FRIEDRICH GULDA en el Municipal esperando, confiados, que su segunda audición revistiera el carácter de acontecimiento artístico, como así lo fué. Porque de acontecimiento extraordinario podemos conceptuarlo, ya que sirvió para ratificar la primera impresión de que nos encontrábamos ante un pianista excepcional, considerado bajo el aspecto de su juventud humana y de su calidad artística, precozmente prodigiosa.

Deciros cómo interpretó a Bach, en el "Concierto Italiano" y luego a Beethoven en la "Sonata N° 3 en La Bemol", sería incurrir en la reiteración de los adjetivos más elogiosos, que los prodigamos en la ocasión anterior con prodigalidad justificadísima. Maravilloso en su mecanismo y forma expresiva, pero, sobre todo en la concepción clara y precisa de cada Obra y de cada Autor.

Gulda, no es el vulgar artista que solamente se preocupa de su "metier", salvando las dificultades técnicas de cada composición, sino que ahonda en la profundidad de los temas y estudia al compositor en su momento emocional, asimilando las esencias mismas de las partituras, para luego desgranarlas sobre el teclado, con una sensación de verdaderos "impromptus".

Del gran Lizst se dijo que, interpretando a Chopin, superaba al mismo Federico porque, aparte sus maravillosas facultades pianísticas —insuperables en la época— conocía al melancólico polaco, con tanta profundidad como para adentrarse en sus sentimientos más recónditos. También Friedrich Gulda, antes de estudiar a sus autores predilectos, parece haberse sumergido en las profundidades psicológicas humanas y haber bebido el agua, incontaminada, en los propios manantiales inspiradores. Y lo mismo en Bach y Beethoven, que en Debussy, Prokofieff y Chopin, por que, su percepción y sensibilidad no tienen límites.

Por eso resultó también maravillosa la versión de la "Suite" debussiana, con un "Clair de Lune" delicioso. y luego la "Sonata en Si Menor, Op. 58" de Chopin, que Gulda rubricó, generoso de su arte, con un "Impromptu" de Schubert y dos composiciones chopinianas, ante las ovaciones del selecto público; que, como muy bien dice nuestra gentil colega, María Mercedes Bailer, tuvieron un tono más refinado, más sutil, que las habituales para la exteriorización del entusiasmo colectivo.

Hasta aquí nuestras impresiones musicales del segundo concierto, para llevar hasta vosotros, desde las páginas de "ELITE", una semblanza humana del dilecto artista.

Un prolongado rato de charla con él, en la tarde del martes, nos brinda la ocasión propicia. Estamos en la terraza del Hotel Potomac, defendiéndonos del rigor solar de estos días y muy pronto, a las primeras palabras, se establece entre nosotros un tono de agradable cordialidad y camaradería. Porque, en Friedrich Gulda, su personalidad humana es también limpia y sencilla, sin recovecos ni complejos espirituales.

Me expone primeramente sus primeros pasos por el campo del arte. Lanzado a la celebridad, después de ha-

go sí; no me puedo quejar de mi suerte. Tengo una carrera que me gusta mucho y me ha permitido el normalizar la vida de mi familia y encauzar la mía, por sendas agradables".

Se extiende después en consideraciones sobre el momento musical y cree que "ha pasado ya la gran época de la música". Pero, a pesar de su escepticismo, tiene confianza en la juventud europea, que ha vivido mucho en poco tiempo y siente una gran inquietud, cultural y artística. "Pero, naturalmente, su música será, como la de Bartok, no muy comprensible para las actuales generaciones y estará impregnada de un sabor melancólico, poco grato".

Derivando las cosas, al hablarle de las nuevas teorías existencialistas, que han prendido entre la juventud europea, tiene una reacción, pronta y viril: "Son unos pocos; y me parecen síntomas de decadencia moral y hasta física. Solamente el hambre, el "snobismo" y la aberración, pueden haberlas inspirado".

Mi indiscreción periodística aborda el tema del "etero femenino". "Usted es soltero, amigo Gulda, ¿no es cierto?... pero tendrá forjado su ideal femenino". "Naturalmente" me responde; "tengo mi ideal... y espero encontrarlo". Insisto: ¿"No lo ha encontrado ya"?... Mis palabras no tienen contestación; Gulda se defiende y atrincherado en su enigmática sonrisa. Pero, al de pocos minutos, sale del Hotel una linda "catira"; una joven, distinguida y esbelta, aunque "muy mujer". ¿"Es ése su ideal femenino"? "No, demasiado ampulosa". Y, con toda ingenuidad; con una decisión súbita, extrae de su cartera una fotografía y me la muestra: es una belleza, morena y sensual, de ojos negros y profundos... muy menudita. ¿"Americana"? insisto. "Brasileira; muy femenina y muy bella", termina Gulda con gesto malicioso.

Para final, le pregunto sobre Venezuela; más concretamente, sobre Caracas. Le gusta mucho y está muy agradecido a su público musical, esperando volver el próximo año, para tres conciertos. "Dígalo así desde su Revista", encarece.

Nos despedimos, no sin haber posado para el colaborador gráfico de "ELITE". Antes de dispararnos la placa, Gulda se ha peinado un poco, con coquetería, un poco extraña en este muchacho tan sencillo y tan natural. Pero él es joven y no ha podido sustraerse a la edad. Es ante el teclado, solamente, donde se transforma y nos da la impresión de madurez. De una madurez artística, que no admite parigual entre los nuevos valores del piano, aunque su arte no llegue sino a quienes tengan una sensibilidad musical muy exquisita. Afirmación que parecerá inmodesta, pues supone el colocarnos en el grupo de los "escogidos". Cuando menos, sabemos que nos encontramos en el de los "sinceros". Así podemos decir, sin envanecimientos, pero con toda verdad: que el arte de FRIEDRICH GULDA nos ha conmovido profundamente y que su personalidad humana nos ha dejado una agradable impresión de simpatía. Dos sensaciones, muy gratas para el espíritu.

**BECUADRO.**